

STÉPHANIE LAFRANQUE
VIC OH

GUARDIANAS DE LA LUNA



UNA GUÍA PARA REAPROPIARNOS DE NUESTRO PODER FEMENINO

zenith

STÉPHANIE LAFRANQUE

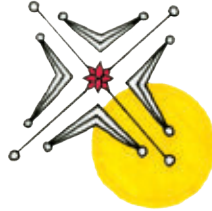
VIC OH

GUARDIANAS DE LA LUNA



UNA GUÍA PARA REAPROPIARNOS DE NUESTRO PODER FEMENINO

zenith



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Gardiennes de la lune*

Primera edición: julio de 2020

© Éditions Solar, sello editorial de Édi8, París, Francia

© de la traducción, Aina Girbau Canet, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-22988-9

Depósito legal: B. 8.641 - 2020

Fotocomposición: gama, sl

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

ÉRASE UNA VEZ LA LUNA	11
LA MUJER: UN SER LUNAR	17
LA LUNA DESVELADA	25
CONECTARSE CON LA LUNA	31
LA MAGIA DEL ZODÍACO	37
LA MEMORIA DE LA LUNA NEGRA	47
VIAJE CON LA LUNA	58
MARZO	66
ABRIL	76
MAYO	86
JUNIO	96
JULIO	108
AGOSTO	118
SEPTIEMBRE	130
OCTUBRE	140
NOVIEMBRE	150
DICIEMBRE	160
ENERO	170
FEBRERO	178
BIBLIOGRAFÍA	187
PARA IR MÁS LEJOS	189
AGRADECIMIENTOS	190

ÉRASE UNA VEZ LA LUNA

La luna, por su carácter cíclico, evoluciona con el paso de las noches. Como nosotras, siempre está presente, pero nunca es la misma, y parece que puede entender nuestro estatus de seres humanos perdidos en medio del cosmos. Gracias a su tierna presencia, nos sentimos menos solas. Invito aquí a cada una a tejer su propia historia lunar a lo largo de los meses, a vivir plenamente estas ganas de conectarnos con esa sabiduría ancestral, ya que la luna siempre ha sido la compañera de nuestras sociedades desde mucho antes de que pudieran quedar trazas escritas. Cada cultura ha creado de forma instintiva una lengua para hablar con ella. En el fondo de las cuevas, dentro de templos antiguos, en el corazón de los bosques en la época precristiana... nunca hemos roto el vínculo. Ahora, ella sigue brillando por encima de nuestras cabezas, pero las sociedades occidentales han olvidado que es nuestra guía. Dentro de la pureza de la noche, nos vigila y espera que retomemos el contacto con ella desde este mundo.

○ **SOCIEDADES PRIMITIVAS**

Imaginémonos descalzas, los gritos de los animales nocturnos ocupan el silencio gélido de la noche, levantamos el rostro hacia el cielo, hay luna llena, ella es nuestra única luz, esperamos ese momento. Seguramente fue así como las primeras mujeres se encontraban cada mes, saliendo de su cueva para admirar el astro radiante. Ellas fueron las primeras en comprender la evidencia de la sincronía de nuestros ciclos: el de la luna, que dura veintinueve días y que empieza con cada luna nueva, y el de la menstruación femenina, que dura un promedio de entre veintiocho y treinta días. Así pues, la luna se convirtió en la primera referencia para el cálculo del tiempo. Sus cuatro movimientos corresponden a las etapas de toda vida, y podemos encontrar representaciones precisas de ello en cerámicas del Neolítico. En Europa, desde el Paleolítico, se establecieron los primeros calendarios lunares, con huesos grabados con marcas correspondientes a estas fases; la luna nueva servía de punto de referencia para iniciar un ciclo. En estos objetos también se indicaban las mens-

truaciones y los embarazos. Puede que esta fuera la primera forma de darse cuenta de que la mujer, igual que la luna, muere y renace cada mes. Esta época, desde el 25000 a. C. hasta el 3000 a. C., estuvo atravesada por el culto de la Gran Diosa, o Diosa Madre, que bañaba toda Europa. Sus representaciones eran muy variadas e iban desde una diosa pájaro pintada dentro de la gruta de Pech Merle, en Francia, el 15000 a. C., hasta los motivos de espiga, las «M» y las «V» talladas sobre jarrones o estatuillas, que simbolizaban la fertilidad, el agua asociada a la mujer y a la luna. Aparece en famosos bajorrelieves, como la Venus de Laussel, esculpida en un bloque de piedra caliza en Dordoña, o en esculturas como la Venus de Lespugue, en el Alto Garona; la de Willendorf, en Austria, o incluso la Dama de Brassempouy, en las Landas. Todas representan a mujeres generosas, mujeres serpiente, diosas pájaro exhibiendo elementos asociados con el ciclo lunar: una medialuna, un círculo, un cuerno con marcas de las trece lunas, un dibujo de *ioni* (órgano genital femenino). Estos símbolos de vida también celebraban la fecundidad, la magia y la muerte.

○ COSMOGONÍAS

En la época precristiana, el culto a la luna estaba extendido en la mayoría de las culturas (griega, romana, mesopotámica...). Las representaciones del astro como una divinidad eran muy frecuentes, y en los mitos de creación aparecía tanto con rasgos masculinos como femeninos. Encarnaba el primer poder creador, muy potente, en el origen del nacimiento del Sol y del universo.

En el momento de la llegada de la escritura, en el año 3000 a. C., cuando el patriarcado sustituyó el matriarcado, el Sol se convirtió en el astro venerado. A pesar de este cambio radical, la luna conservó la conexión con la interioridad del poder femenino y mantuvo toda su influencia espiritual. Los mitos ancestrales, inuit, egipcios, sumerios, aztecas o celtas, muestran esta veneración hacia el Sol y la Luna, presentados muy a menudo como una pareja, e incluso, en ocasiones, como un trío con la Tierra. La Luna es casi siempre señalada con alguna imperfección que la obliga a brillar menos que su compañero, el Sol. Por vergüenza, por necesidad de esconderse, solo podrá aparecer por la noche. Resulta interesante constatar que la Luna, astro vinculado a la mujer y a sus ciclos, está marcada por un defecto y lleva el peso de un arrepentimiento desde el momento en

el que las sociedades pasaron a ser patriarcales. Dentro de la cosmogonía sumeria, una de las más antiguas, la tierra y el cielo, que al principio eran solo una entidad, fueron diferenciados por el viento, que los separa en dos planos distintos. El cielo, arriba, marcado por la masculinidad, y la tierra, abajo, por la feminidad. Del dios del viento, Enlil, nació la Luna, un dios masculino, nombrado Sin o Nanna, que engendró a su vez la luz, lo que permitió el nacimiento del Sol y de Venus. Fue uno de los dioses dominantes, ya que era un benefactor para los hombres, simbolizaba la protección, la fecundidad y, sobre todo, la luz en medio de la noche.

Más adelante, numerosas diosas lunares aparecieron, como Hécate, Selene, Artemisa, Ishtar... Eran mujeres «vírgenes», es decir, liberadas de todo compromiso matrimonial. Veneraban la Luna utilizando el fuego y el agua y practicando rituales desnudas, y se convirtieron en sacerdotisas de este culto.

○ CHAMANES

Desde la noche de las noches existe un conjunto de prácticas que conectan íntimamente el ser humano con el cosmos, con los ciclos naturales y, en consecuencia, con la luna: el chamanismo. Lleva el sello de las culturas que lo han visto nacer e integra en sus técnicas y ritos espirituales los relatos y mitos originales de sus pueblos. Tiene la fuerza de conectar los mundos, el mundo físico en el que evolucionamos y los universos sutiles que nos rodean. Todas las civilizaciones han sido testigos de ello, en un momento u otro, algunas lo han acogido como tierra fértil para su equilibrio social, otras lo han reemplazado por prácticas religiosas más dogmáticas. Pero desde los bosques boreales de Siberia donde el chamanismo vio la luz hasta las tierras remotas de África y de América, la figura del chamán se mantiene como el punto de acceso a lo invisible, el canal entre las fuerzas telúricas y cósmicas. A través de sus viajes extáticos y sus trances, viene a curar las almas y los cuerpos. En Occidente, encontramos esta relación espiritual en la naturaleza, con los y las druidas, quienes ocuparon un lugar semejante en las civilizaciones celtas.

Desde la era arcaica, el chamanismo ha tomado diversos colores. Pero los elementos comunes perduran, como, por ejemplo, el «árbol del mundo» o la «montaña cósmica», que hace de vínculo entre el mundo de abajo y el mundo de arriba. Utiliza la posición de las estrellas y de los planetas, en

especial de la Osa Mayor y, evidentemente, de la Luna. Este *axis mundi*, o eje del mundo, es una creencia universal que toma prestados los dos movimientos de energía del ciclo del astro, creciente y menguante (la luna llena y la luna nueva). También encontramos motivos de la simbología lunar en las evocaciones del árbol del mundo, sobre todo en Siberia, donde, igual que la luna, encarna la fertilidad, la iniciación y el ciclo de la vida y la muerte. O incluso en Asiria, donde un tronco coronado por una luna creciente es un motivo de representación del dios de la luna... El árbol es una recurrencia de los cultos lunares y de las alegorías de sus deidades.

La luna, por su redondez, también tiene una potente presencia en la rueda de la medicina amerindia, que, en la base de las prácticas chamánicas, se superpone con el ciclo lunar. Redonda como la luna llena y dividida en varias fases, integra los cuatro puntos cardinales: norte para la luna nueva, sur para la luna llena, oeste para el cuarto menguante y este para el cuarto creciente. Representa los cuatro elementos, las cuatro edades de la vida, las cuatro estaciones y el renacimiento infinito, en definitiva, todos los temas que impulsa el ciclo de la luna.

El tambor, que late como un corazón y que (con su fuerza) nos impulsa a explorar planos infinitos, es el instrumento de los viajes y de los ritos chamánicos. Hecho de madera, símbolo del árbol del mundo, y de piel tensa, su blancura y su forma nos evocan al astro plateado. Hay comunidades, como los lapones, que lo decoran con pinturas lunares o solares.

Actualmente, el chamanismo se ha extendido en Occidente, y hay muchas personas, sobre todo mujeres, que trabajan su ciclicidad y su vínculo con la naturaleza. Según la conferenciante y chamana norteamericana Vicki Noble, cada mes, cuando la mujer sangra, se trata de una «curación chamánica» que se efectúa por una limpieza del pasado. Este derrame se percibe como una muerte necesaria, una muda que solo los ciclos femeninos y lunares son capaces de hacer. Sentimos que en la sangre hierve una dimensión escondida y sus «lunas» despiertan en nosotras una vibración sagrada. Hoy por hoy, los ritos de curación se trasladan aquí, a los círculos chamánicos que se reúnen en las grandes fases lunares, por la luna nueva y la luna llena. Si esta llamada nos hace vibrar, sepamos escucharla. Realizar rituales en estos momentos puede ser un primer paso hacia esta vía o, al menos, un descubrimiento de nuestra capacidad de conectarnos de una forma concreta con el universo.

○ BRUJAS

Esta palabra se murmura en un suspiro. Ya lleva el rito en sí misma. La palabra «bruja» ha sido, es y será lo que nos queda de salvajes en nuestra humanidad. Se trata de un salvajismo que no tiene nada de demoníaco, ni de bárbaro, sino que es liberador, emancipador, que nos anima a ser independientes y a vivir en armonía con las leyes de la naturaleza.

Desde las imágenes que aparecían en los libros infantiles que leíamos, en los que se representa a la bruja destacando su fealdad o su crueldad, hasta las representaciones contemporáneas de la feminista independiente, la bruja despierta el imaginario colectivo. Cuando la evocamos, pensamos en esas mujeres que, en medio de la noche, corren por la landa o sujetan sus escobas para practicar rituales extraños. Forman un *aque-larre* (o *coven*), se encuentran en los *esbats* en cada luna llena, o en las ceremonias llamadas *sabbats*, que son un legado de las fiestas dionísicas donde se veneraba al dios cornudo, que en la Edad Media adquirió la cara del diablo. Así pues, la luna se ha convertido en un atributo de la bruja, así como lo son la caldera, las plantas mágicas o el gato negro.

Pero más allá de esta representación folclórica, no podemos evocar esta figura sin hablar de la caza de brujas y de la sangre que se ha derramado en las sociedades occidentales durante siglos. Porque este feminicidio nació del odio a las mujeres. Un odio ancestral que encuentra su origen en el Génesis, cuando Eva, portadora del pecado original, convirtió a todas las mujeres en seres malos por naturaleza. Contrariamente a la creencia que se difundió, la Edad Media no fue la época de las grandes persecuciones, ya que estas tuvieron lugar más adelante y tomaron una dimensión por completo aterradora entre finales del siglo xv y principios del siglo xviii. Se necesitaba que la sociedad estuviera preparada para cometer tales actos, preparada para acoger un antifeminismo total, respaldado por la voluntad de dividir a los más pobres en una época en la que la rebelión estaba a punto de estallar y de arrebatárles el poder a esos seres considerados inferiores, las mujeres. Aquellas a las que acusaban de brujería eran campesinas, curanderas, la mayoría de una edad avanzada, pero sobre todo sin tutela masculina. Era su independencia lo que, a los ojos de la sociedad, representaba un peligro que se tenía que erradicar a toda costa. «Mujer», «sabia» y «bruja»: todo estaba ahí, en las palabras. Se acudía a ellas porque a menudo eran las únicas que tenían conocimientos de herboristería y,

especialmente en el campo, que podían aliviar el dolor. Fue la universidad la que, en su afán de institucionalizar la medicina, se la arrebató a esas mujeres expertas para sellarla bajo la autoridad masculina. A partir de entonces, solo quedaba hacerlas desaparecer, ahogar sus voces y quemar sus cuerpos. Poderosa, la cultura oral de las brujas ha conseguido, a pesar de esta represión terrible, perdurar a lo largo de los siglos. Al culto del dios del sol y de la diosa de la luna se les sumaron diferentes ritos gracias a los cuales este conocimiento pagano continuó circulando. Así pues, la Luna, su ciclo y sus fases continuaron siendo puntos de referencia esenciales que indicaban el momento de llevar a cabo rituales y trabajos energéticos.

En la actualidad, se ha construido una nueva espiritualidad alrededor de la figura de la bruja que integra la conexión con las fuerzas de la naturaleza, la reapropiación del poder femenino y la conciencia política. Desde principios del siglo xx, una corriente llamada «Wicca» se ha ido expandiendo sobre todo por los países anglosajones. Existen varias ramas de esta corriente, pero todas hacen referencia a las tradiciones paganas y predicán el retorno a las fuerzas de la naturaleza, la conexión con los elementos y la libertad de culto. La mujer, dentro de esta reapropiación de su poder personal, retoma la figura de la bruja, y elige no construirse en oposición al masculino, sino más bien equilibrar las dos polaridades presentes en todo ser y toda cosa. Si tomamos conciencia de que el compromiso con nosotros mismos y con nuestro bienestar pasa por aliarnos con la tierra que nos sostiene, entenderemos que la bruja tiene un papel esencial en nuestra sociedad, tan afectada por la catástrofe ecológica. Dada su conexión y comprensión de los ciclos de la naturaleza, su papel es para tejer vínculos entre la Madre Tierra y la Luna. La bruja transmite al mundo una relación fundamental, hecha de respeto e intercambios profundos, y encarna la noción de ecología interior.

